

sus lindísimos dientes al desplegar los labios en franca risa.—Ha sido para mí una suerte muy grande verte ahora, cuando creía que ya no te vería más, Carlos. ¿Es esto milagro, es esto hechicería? Sea lo que fuere, yo me alegro de poder decirte que no me he casado.

—¡Cintia!

—Que no me he casado con el diplomático. ¿Cómo quieres que te lo diga? Reñimos hace quince días por una simpleza... Un poco tarde, pero á tiempo aún, vine á conocer que no le quería. Es un cuco, un egoísta como todos... Vienen al olor de una rica dote...

—Cintia, tu riqueza te da derecho á despreciarnos. Quisiera que fueses un poco menos severa conmigo.

—Sí que lo seré... pero ahora, caballero Tarsis, no puedo entretenerme más... ¿Qué, qué ibas á decirme? He visto en tus labios una palabra que se ha retirado antes de sonar.

—Iba á decirte que nunca te ví tan bella como ahora te veo.

—¡Qué tonto! Estaré horrorosa. ¡Hace un rato que salí del baño! Me envolví en este ropón, y me acerqué al espejo para mirarme..

Aunque oprimía la vestimenta contra su busto para taparlo bien, aún exageró el movimiento pudoroso hasta no dejar ver más que la cabeza. El galán la contemplaba embelesado. La visión dijo: "Me parece, caballero Tarsis, que ya es hora de que te deje en paz... Retírate tú también por tu lado...". Se alejó sin volver la espalda, hasta quedar en término lejano; hizo con la mano un gracioso saludo, y desapareció como luz extinguida por un soplo.

V

Siguen los prodigiosos y disparatados fenómenos, hasta determinar lo que es final y principio.

Abalanzóse don Carlos de Tarsis al espejo, y puestos en él manos y rostro, se aseguró de que era cristal y no un hueco por donde pudieran verse estancias vecinas. Luego salió con paso y andar de borracho, tropezando en los muebles y agarrándose á cuanto encontraba, hasta llegar á la próxima sala, donde permanecía, como alma trasunta en papeles, el erudito endemoniado; y viendo una silla frente á la mesa en que aquél trabajaba, dejóse caer en ella, soltando la voz á estas angustiadas razones: "Tu casa está encantada, ó tú eres un demonio con figura de Augusto Becerro.."

Sin inmutarse, suspendiendo del papel la pluma, el embrujado amigo le respondió: "No aceleres tu juicio, ni apliques dictérios infernales á este estado de felicidad perfecta. No interrumpas mis estudios, que ahora estoy en las apreturas de demostrar que el Rey Sabio don Alfonso X fué precursor de mi don Enrique de Villena, pues en su *Libro de los juegos de ajedrez, dados et tablas* dice que no se puede jugar bien al ajedrez sin saber de astrología. Lo mismo siente y declara el Maestre de Santiago en su *Libro de Aojamiento y Fascinología*, y ello concuerda... Verás... Dijo esto

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo 1625 MONTERREY, MEXICO

tomando del rimero de la izquierda un gordo y mugriento librote, que abrió por un punto marcado.) "Verás: éste es el famosísimo y fundamental libro de *Encantamentos*, escrito por el propio Merlín en lengua bretona, y traducido al italiano por *Messer Zorzi*..."

—Déjame: tu erudición me produce horrible cefalalgia,—dijo el prócer haciendo almohada de sus brazos sobre la mesa para descansar en ella la cabeza.,

Impávido siguió el otro: "Autores de más crédito, como el desconocido español que compuso *El Baladro de Merlín*, sienten y aseguran que éste no nació de ayuntamiento del diablo con doncella bretona, sino que un ángel le dió la existencia. No el trato con demonios, sino el estudio de la astrología, le dió su saber profundo de cuanto se refiere al destino del alma, y al estado de encantamiento y beatitud de las criaturas... Te diré que *baladro* es como decir *alarido* ó *voz espantosa*, porque el gran Merlín, padre de la verdadera ciencia, fué encantado por su mujer, digamos manceba, llamada Bibiana, la cual volvió contra él la virtud ó maleficio de un amuleto poderoso. De mujer no se podía esperar cosa buena. Quedó Merlín preso para siempre en la espesura de un bosque de Inglaterra, donde aún está, y cuanto se ha hecho para encontrarle ha sido inútil. Desde la profundidad de su encantamiento lanza de vez en cuando unos baladros ó bramidos que se oyen á mil leguas á la redonda y hacen temblar toda la tierra.

—Déjame, calla: eres un torbellino de disparates,—murmuró el descendiente de Japhet,

hijo de Noé, agarrándose el cráneo como para sujetar la razón que se le escapaba.,

Sintió, al decir esto, un retemblido profundo como terremoto. El sacudimiento del suelo se transmitió á libros y papeles, que por un instante se movieron y saltaron. Oyó luego cerca de sí un retintín metálico. Eran los duros que había dejado sobre la mesa, y que iniciaron un ligero movimiento de baile. Al caballero le pesaba la cabeza como si fuese de plomo. Con vigoroso esfuerzo se levantó gritando: "Dime por dónde salgo de esta cueva... ¿Dónde está la salida? Abrete, laberinto..." Dió algunas vueltas por la estancia palpando el aire, y no pudiendo con su propio cuerpo, que requería la horizontal, fué á caer en una especie de banco acolchonado, diván ó canapé, situado entre ventana y balcón. Allí quedó tendido, tieso y sin conocimiento; y aunque el pelote del relleno era duro y desigual, el noble marqués no se movió en largas horas.

En el tiempo que estuvo exánime, *Asur*, hijo del Victorioso fué á su casa y volvió de ella, lo cual no quiere decir que se moviera, sino que el espíritu, arrastrando á la que llaman vil materia, ó tal vez solo, voló á su vivienda lejana, que era en lo alto del barrio de Salamanca. Desflorando calles, se aproximó á la suya, y á medida que se acercaba, una fuerza irresistible le cortaba la andadura, llamándole hacia atrás para que obedeciese á su voluntad, esclava y presa en la encantada mansión del sabio. A pesar de los tirones que hacia atrás le daban manos invisibles, Tarsis tuvo la sensación de entrar en su casa, que era grande

y hermosa, bien dispuesta para morada de un rico. Con excepción de algunos cuadros y bronces de gran valor, que había tenido que vender, conservaba el rico ajuar que fué de sus padres. Llegó el hombre á su dormitorio, y después de contemplar con amoroso embeleso el retrato de Cintia que en marco de hierro nielado allí tenía, se acostó, quedándose profundamente dormido sin soñar cosa alguna, como no fuera una ligera visión de Bibiana, la querindanga de Merlín... Al despertar se vió en el camastro ó divanastro de la morada becerril, y el dolor de sus huesos le dijo que había estado largo tiempo sobre aquellos pelotes duros, y en el suplicio de los gastados muelles, que al menor movimiento gemían, clavándose en las carnes.

Don Carlos dejó allí día y encontró noche, que le pareció muy avanzada. La caverna papirácea, sin otra luz que la de una bombilla eléctrica colgante sobre la mesa en que trabajaba el hechicero, era más triste de noche que de tarde. Dijérase que los innumerables libracos que por el día trataban de cosas divertidas y amenas, por la noche llenaban sus páginas de sucesos fúnebres y trágicos. Tarsis dió suelta á sus ideas para que libre y perezosamente se extendiesen con vuelo bajo, posándose donde quisieran, y este abandono de la disciplina mental le llevó á un dulce estado de inconsciencia melancólica.

Miró el buen señor su reloj y lo encontró parado. Al poco rato, sin saber la hora, sintió el tin-tin de los ladrillos mal sentados ó rotos. Alguien andaba por los adentros de la ca-

sa; el ruidillo aumentaba; no eran una ni dos personas las que acusaron su presencia con el leve pisar en los baldosines musicantes... el tin-tin se acercaba, y por fin entró en la sala. El caballero apreció el paso de seres invisibles, como si entraran por la puerta de un lado y salieran por la del otro. Alguno pasó muy cerca de él, casi rozando con el diván. Por un momento pudo creer Tarsis que el sér aéreo se sentaba á su lado... Con movimiento instintivo, con calofrío y temor, se incorporó.

Mediano rato duraron las carreras de una parte á otra de la casa, y durante este inocente juego no visto, notó el caballero que algunos libros y papeles saltaron de las mesas, y fueron á caer en mitad de la estancia. Siguió ruido de palmoteo que andaba por el aire cerca del techo. El ruido pasó á un aposento que no debía de estar lejano, y con el cual no se veía comunicación abierta; y de allí, confundido con las palmadas, vino repiqueteo de crótalos. Estos sonaban apagados y sin vibración, como si el choque de la madera se ablandara en manos de trapo. El ritmo era extraño, absurdo. Tarsis no le encontró adaptación á ninguna danza conocida. Y al son de los crótalos con sordina y de manos algodónadas, trepidaba todo el suelo de la casa. Becerro proseguía inmóvil, como un santo doctor de los que están en los altares, la pluma en la mano, los ojos fijos en un infolio abierto por la mitad.

Contemplando la embalsamada figura de su amigo, el Marqués de Mudarra trató de confortarse, requiriendo la normalidad. Pensaba que todo aquel aparato ultrasensible, la visión de

Cintia y el ruido de baile de espíritus, podía ser una farsa, obra de la física recreativa, ó de algún maestro en ilusionismo y prestidigitación. Afirmándose en esta idea, se levantó con ánimo de dar un papirotazo en la cabeza del fingido hechicero; pero apenas puso los pies en el suelo, estalló en los aires un trueno formidable, y casi al mismo tiempo, con diferencia de segundos, otro más rimbombante en lo hondo de la tierra, y la casa se abrió y desbarató cual si fuera de bizcocho. Desapareció el techo, dejando ver un cielo estrellado; las paredes se abrieron, los libros transformáronse en árboles, y don José Augusto saltó de su asiento por encima de la mesa, convertido en un perrillo cabezudo y rabilargo. Hallóse Tarsis en un suelo de césped, rodeado de robustas encinas, sin rastro de casas ni edificación alguna. De la sorpresa y susto por tan maravilloso cambio de escena, trató de recobrase el caballero diciendo: "Sigue la farsa. Ahora tenemos una mutación de teatro hecha por habilísimos maquinistas y escenógrafos."

No le dejó completar su pensamiento la súbita presencia de un tropel de muchachas, lo menos cincuenta, guapísimas, vestidas tan á la ligera, que no llevaban más que un fresco avío de lampazos, con que cubrían lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra. Piernas y brazos trazaban en el aire, con ritmo alegre, airosas curvas y piruetas. Eran, más que ninfas, amazonas membrudas, fuertes, ágiles, los rostros hermosísimos y atezados. Traza tenían de mujeronas de raza y edad primitivas, heróicas. Su aventajada talla

y la solidez de su estructura muscular no consentían imitación por medios teatrales. Ni con actrices ni con escogida comparsaría podían los taumaturgos de la escena presentar espectáculo semejante, por lo cual Tarsis abandonó el concepto de lo real para volverse al de lo maravilloso... Las ninfas hombrunas rompieron á coro en un grito salvaje, *Ijujú*, que retumbó en los senos de la selva. Y conforme gritaban se partieron en dos alas, dejando en medio un ancho camino para que por él pasara, con porte de reina, una esbelta matrona que salió de la espesura de las encinas.

Tarsis quedó embelesado, y no se hartaba de mirar y admirar la excelsa figura, que por su andar majestuoso, su nobilísimo ademán, su luengo y severo traje obscuro, sin ningún arrequive, más parecía diosa que mujer. Era su rostro hermoso y grave, pasado ya de la juventud á una madurez lozana; los cabellos blancos, la boca bien rasgueada y ristueña. Pensó Carlos que aquel rostro y aquel empaque de principal señora, no le eran desconocidos. ¿Había visto en algún salón de la alta sociedad de Madrid? Tal vez. No pudo darse cuenta de nada más, y la idea de que la dama veraneaba en aquellos selváticos parajes, cruzó por su mente como un relámpago... ¿Y quién demonios eran las danzantes morenas de libres piernas y arqueados brazos? El buen Tarsis no tenía idea de la naturaleza y origen de estas raras visiones. Nunca vió en la realidad figuras de tan robusta belleza. Estatuaria de carne y hueso como aquélla, no se usaba ya en la humanidad. Cuando esto pensaba, dos ó más de las

mujeronas ó driadas fornidas se apoderaron del pobre caballero, cogiéndole de una y otra mano, y zarandeándole le llevaron consigo, cantando, entre risas y en lengua de él no comprendida, himnos alegres. En esto, Tarsis vió de espaldas á la matrona, que seguía con grave lentitud su camino. Tras ella iba Becerro, convertido, no ya en perrillo, sino en perrazo de tan lucida talla, que mirándolo bien se advertía que era león de tomo y lomo, un poco anciano ya y algo raído de melena, dando á entender su larga domesticidad... Miró al amigo y agitó su tiesa cola con bizarra señal de simpatía.

Sudoroso y sofocado seguía el prócer á las mujeres, que en fuerza y agilidad le superaban más de lo que él quisiera. Poniéndoles cara risueña y tratando de acomodar su flojedad pulmonar al incansable vigor de ellas, les dijo: "Ninfas, zagalas, señoritas, amazonas, ó lo que sean, ¿tendrán la bondad de decirme si estoy encantado?". Y ellas le contestaron con vocerío de júbilo y burlas, y con el sonoro *Ijujú*, que lo decía todo... Siguieron, y como él se rindiera, lleváronle largo trecho en volandas, á retaguardia de la fantástica procesión... Al llegar á una meseta despejada de arboleda alta, donde se deprimía bruscamente el suelo por la izquierda, arrancando en ladera que hacia profundos barrancos descendía, las juguetonas ninfas hombrunas se divirtieron zarandeando á don Carlos de Tarsis, entre gozosos *ijujúes* y *ajijies*, y después de balancearle como á un pelele, le lanzaron con ímpetu por la pendiente abajo.

¡Ay, caballero de mi alma, qué será de tí en ese rodar hacia la desconocida hondura! Válgante tus buenas obras para salvarte, que algunas ha de haber entre tus innúmeros pecados; favorézcate Dios con que no caigas sobre peñascales duros, sino sobre retamas tiernas ó tomillos olorosos, ó disponga que en sus brazos te reciba una grácil hada de blanco y blando seno.

VI

Donde verdaderamente empiezan las verdaderas é inverosímiles andanzas del caballero encantado.

Se sabe que Tarsis, hallándose vivo y sano muchos días después de lo narrado, tenía por dormitorio un pajar erigido sobre el establo en que diversos animales pasaban la noche. Hecho á nueva vida sin notorio aprendizaje, se despertaba al alba, sacudía y estiraba sus miembros, se vestía, y al instante prestaba su ayuda al amo, dando pienso á las bestias y unciendo la yunta para el trabajo... Se sabe también que en aquel primer período de su encanto, el caballero había perdido toda noción de su primitiva personalidad, por un embotamiento absoluto de la memoria. Tan sólo recordaba los hechos próximos al estado presente; su nueva conciencia embrionaria los completaba con vagas y equívocas impresiones de una edad anterior á la villana condición que encantado tenía.

En esta baja existencia, el caballero se llamaba Gil, nombre que en su sentir había tenido desde la cuna, y se hallaba dotado de gran fuerza muscular. De sus supuestos padres, que padres había de tener, vivos ó difuntos, nada ó poco sabía, ni de ello se curaba. La subconciencia ó conciencia elemental estaba en él como escondida y agazapada en lo recóndito del sér, hasta que el curso de la vida la descubriera y alentara de nuevo. Así lo dicen los estudiosos que examinan estas cosas enrevesadas de la física y la psiquis, y así lo reproduce el narrador sin meterse á discernir lo cierto de lo dudoso.

Andaban ya de soslayo por la tierra los rayos del sol espantando la neblina, cuando Gil llegaba con su yunta al campo llamado de Algares, extenso barbecho que ya en tiempo oportuno había sido alzado, y en Mayo recibía la segunda labor, á la que dicen binar. Iba con él el amo, de quien se hablará luego. Quería ver cómo acometía el mozo faena tan larga y dura, y calcular por el aire que llevara si podría terminarla en dos mañanas cumplidas. Ya en el punto del primer surco, marcado por la labor de alzar, metió Gil la reja, azuzó la yunta con un *sóo* cariñoso, y empuñada la esteva con vigorosa mano, empezó á trazar el surco, llevándolo tan derecho, que por regla sobre un papel no se trazara mejor. "Vas bien, Gil—le dijo el amo viéndole llegar de la primera vuelta.—Haz por labrar hoy hasta la olmeda, y lo demás quedará para mañana. Yo me voy á ver cómo está lo de Tordehita, que quedó encharcado con las aguas del sábado, y

luego me subo al Toral para decirle á *Ginio* que esta tarde me lleve las ovejas á Nafría, donde á la cuenta que tenemos mejor pasto. Adiós, y no te tumbes cuando yo me vaya.,, Diciéndolo se fué, y su figura escueta se perdió en la planicie solitaria, á trechos verde, á trechos amarilla.

Quedó Gil solo arando, sin más compañía que la del sol, que á la ida le caldeaba las espaldas, y á la vuelta le bailaba delante de los ojos. Con toda su voluntad puesta en el puño y éste en la esteva, regía con inflexible derecha la labor. Trazados seis surcos, descansó para su almuerzo, que fué breve y frugal. Junto al arranque del primer surco tenía su chaqueta, el barrilillo de agua, el saco de su comida, y otro con el pienso de las vacas; cástodiaba estos avíos un perro de la casa llamado *Moro*, que no se movía de su guardia. Perro y gañán frente á frente, en amor y compañía, comieron de un trozo de pan con torreznos que les había puesto en el morral la *señá Usebia*. A entrambos les supo á gloria por lo avanzado de la mañana, y después volvió el uno á coger la esteva, y el otro quedó guardando la chaqueta y costales. Toda la mañana transcurrió en esta guisa, el can dormitando, el mozo haciendo rayas con el arado, labor harto penosa, la más primitiva y elemental que realiza el hombre sobre la tierra, obra que por su antigüedad, y por ser como maestra y norma de los demás esfuerzos humanos, tiene algo de religiosa.

Sudaba Gil la gota gorda, y todos los músculos de su cuerpo contribuían con su tensión

á la faena sagrada. De la misma fatiga sacaba mayor esfuerzo. No desmayaba; que sobre las flaquezas del cuerpo resplandecía en el alma el sentimiento de la obligación. Gil era fiel pagador del pan que ganaba, y daba su energía por su sustento. De la ruda tarea no tenía más testigos que el cielo que le miraba, el perro dormitante y los pájaros que se adueñaban de aquellos anchos aires. Las maricas vócingleras venían á merodear con aleteo y brinquetes en los surcos recién abiertos; las abubillas se llamaban de olmo á olmo con tres golpes, y bandadas de chobas ó grajos volaban con solemnidad procesional del llano á la sierra ó de la sierra al llano.

Terminada la media huebra que el amo le asignara, Gil retiróse con su yunta, sus talegos y el perro, y á la casa llegó antes que el amo, que andaba en la inspección de sembrados y majadas. Preguntóle el ama si había hecho la media huebra, y dada la respuesta afirmativa sin jactancia, procedió á quitar el arado; luego desligó de los cuernos de las vacas las coyundas que sujetaban el yugo, separó éste, y los benéficos animales se fueron á su establo requiriendo con sus húmedos hocicos el pienso. El de la familia tardaría un poco más, porque el amo no parecía; salió el hijo á un altozano, orilla de la casa, de donde oteaba el sendero por donde había de recalar el padre. *Usebia*, en el portal, cortaba de un pan las rebanadas para la sopa, y Gil, servido el pienso al ganado, fué á servir á la cochina y sus crías, cuyo cubil allí se llama *corte*, y les regaló con mondaduras de patatas envueltas

en harina de centeno. En esto el chico que estaba de vigía vino á la carrera diciendo: "Ya viene padre," y la *señá Usebia*, que ya tenía la mesa puesta y el cocido en su punto, se dispuso á calar la sopa.

No se pasa de aquí sin decir que el lugar se llamaba Aldehuela de Pedralba, situado como á legua y media de la cañda occidental de la sierra de Guadarrama, y que el amo de Gil era José Caminero, honradísimo trabajador, esclavo del áspero terruño y de la inclemente comarca en que había nacido. Como unos veinte años le llevaba en edad á su mujer Eusebia, todavía en cierto punto de frescura y lozanía. La esposa, con su nativa fortaleza, se defendía de los estragos del trabajo incesante y rudo, mientras el marido, al cabo de cuarenta años ó más de tremenda porfía con la tierra, era ya un atleta cansino y derrengado, con todo el vigor recluso en los pensamientos, en la palabra y en la voluntad. Tenían un hijo, á la sazón de diez años, que también se llamaba Pepe, por el afán del padre de perpetuarse, no sólo en la tierra, sino en el nombre, avidez de vida durable ya que no eterna. El chico iba á la escuela, donde si un poco le enseñaba el maestro, más le enseñaban los otros chicos, profesores de juegos, enredos y travesuras. En verano, que es tiempo de vacaciones, olvidaban lo poco que aprendieron en invierno (escaso de días por el descuento de fiestas religiosas, patrióticas y palatinas), y la bandada se establecía de sol á sol en los alrededores del pueblo, ejercitándose en la barbarie de coger nidos. Cosechaban además endrinas y moras

de zarza en campo libre, y afanaban fruta en terrenos vedados, ó bien apedreábanse con rápido manejo de hondas que ellos mismos hacían.

Poseía José Caminero, por herencia, la casa en que vivía, dos huertas y hermoso prado, dos ó tres hazas de excelente tierra, en que cosechaba patatas, trigo para el pan de la casa, garbanzos, algarroba. Con esto, y el averío, y el cerdo, y las terneras, vivía pobremente sin ahogos, sin mirar demasiado la cara al día de mañana. Pero á poco de casarse le picó la ambición: queriendo dar mejor empleo á su pericia de labrador, tomó en arrendamiento las tierras de Algares, Tordehita y Tordelepe, que por su miga y anchuras eran buen campo de ilusiones campesinas. Los primeros años no le fué mal; pero luego *empezó á cojear el galgo*, como decía el pobre Caminero: vinieron, ahora la seca, ahora el pedrisco; se pidió rebaja de la renta, y la subieron; se esperó alivio en la contribución, y la recargó el maldito Gobierno; siguieron los arbitrios para salir del año, los enredos del préstamo y la usura, y así, por fatal gradación, se llegó al desequilibrio de la casa en el tiempo en que Gil entró á servir en ella. Siempre había tenido Caminero dos criados para su labranza; pero aquel año la necesidad de economías le obligó á reducir la servidumbre á un solo mozo, y éste de los que llaman *agosteros*, contratados por pocos meses, que terminaban el día de San Agustín. En esta fecha cobraría Gil su soldada de catorce duros, quedando libre para buscar otro acomodo.

Pues, señor, como se ha dicho, llegó el punto de ponerse á comer. Sentáronse á la mesa, que más bien era banco, cubierto de un mantel de días, Caminero y su hijo, enfrente Gil. Al lado derecho del amo debía comer Eusebia, que en pie hizo el calado de la sopa, vertiendo en la cazuela, sobre las rebanadas de pan, el hirviente caldo: Luego se sentó á comerlas con los demás, soplando todos en la cucharada para enfriar. Después el ama volcó el cocido en la misma cazuela, apartando la carne, y de la cazuela comían todos, que es un comer más familiar y democrático que el usado por gente fina. Siguiéron la carne y tocino, que eran engaño para meter en la barriga buena carga de pan. Eusebia cortaba con suma destreza las rebanadas que iba dando á cada uno.

Mientras comían no era la conversación serena y plácida, sino ansiosa y entrecortada de graves aprensiones. Comían como los soldados que á prisa engullen su alimento entre batalla y batalla. Caminero y su mujer, sin mirarse apenas, cambiaban frases recelosas. "Desmadrado tenemos el trigo, que no granará si no manda Dios agua,..." "Yo, por esta rodilla mía derecha, barruntaba ayer agua, y hoy, por el poco de sordera, barrunto segura. Dios nos mire y el cielo nos llore,..." "Mujer, sobre tanta calamidad, me *paiz* que tendremos la tifa del garbanzo,..." "Ni en chanza lo digas, José. Eso nos faltaba. Si enferma el garbanzal, ¿año, á dónde vas?,..." "Las patatas de Tordelepe piden con necesidad que las aporquemos. No pase de esta tarde. Vámonos todos á remediarlas con la segunda cava.,"

Todo lo decían Caminero y su mujer. Gil no desplegabá sus labios. De las buenas cualidades del mozo, la que más estimaban sus amos era el silencio. Obedecía, sin chistar, cuantas órdenes se le daban, y jamás ponía comentario ni observación. Por su docilidad y apego al trabajo, los amos le querían... Pues en cuanto comieron se apresuró el mozo á enalbardar la borrica para el ama, y se fueron todos á Tordelepe, cada cual con su azada, y hasta el chico llevó la suya de juguete, y toda la santa tarde estuvieron cavando. *La Usebia* era una fiera para el trabajo, y doblada de cintura cavaba y arrimaba la tierra que daba gusto. José, tronzado por el violento esfuerzo que su dignidad de labrador le imponía, hizo lo que pudo, y Gil, incansable jayán, remató la labor antes que fuera de noche, con lo que respiraron, limpiándose el sudor, y se volvieron, *Usebia* en la burra con el chico, y las azadas colgadas de la grupa. No iban alegres, pues cada cual llevaba su afán: la mujer llegar á tiempo de hacer la cena, el hombre, traer á su magín los afanes del día siguiente. No descansaban, no vivían; cada hora, preñada de inquietudes, paría en sus últimos minutos las inquietudes de las horas sucesivas.

A prima noche, encendidas las teas en la cocina y avivada la lumbre, *Usebia* preparaba un calderón de patatas con briznas de bacalao... Cenaron; el chico se durmió con la cuchara en la mano. Marido y mujer hacían cálculos de lo que podrían reunir para pagar la renta. *Usebia*, que entre ceja y ceja llevaba el libro de caja, ó sea mental aritmética de

las monedas sepultadas en el arcón, aseguró que por mucho que estiraran no llegarían á juntar lo preciso. El buen Caminero se rasca la oreja, sin que del rasquido saliera la solución del problema. Oía Gil estas cosas y callaba, compadecido de sus amos, á quienes daría sus ojos si con los ojos pudieran remediarse...

En previsión de un gravísimo atasco, se acordó llevar al mercado de Pedralba cuanto se pudiese... Como el mercado era en jueves, el martes lo dedicó Gil á terminar la huebra; el miércoles fué al monte por leña, operación que era para él un descanso, pues iba en el carro, cortaba la leña, cargaba, y en ello se le iba todo el día sin gran fatiga muscular. Gustábale la expedición al monte por lo que tenía de paseo, de divagación en ambiente fresco y puro, de hablar con gente que á la ida y á la vuelta encontraba, parlotando en alguna vereda con muchachas bonitas, que le decían burlas y veras graciosas, como rozadura de cardo y olor de tomillos.

Aquel día montó el gañán en el carro con el niño de la casa y otros dos, amiguitos de éste, que se pirrabán por llevar al monte el programa de sus diabluras. Gil no dió paz al hacha, y cortó carrascas, ramas de fresno y de escaramujo, estepa y jara cuanto pudo; gran cantidad de retama para el horno y de helechos para la cama del ganado. Los chicos con febril actividad le ayudaban, trabajando con hoces y hachuelas de juguete. Con certera pedrada mataron á un pobre conejo, y á palos dieron cuenta de una culebra que no les hacía

ningún daño... De vuelta á la casa, al caer de la tarde, se pensó en disponer lo que al siguiente día había de llevarse al mercado. El ama supo atraer á su parecer el del fatigado marido, y ella fué quien organizó y determinó la pacotilla de artículos para la venta por buen dinero. Viéraisla al romper el día montada en su burra, con un saco de trigo á la grupa, alforjas en el arzón, varios lios, uno de ellos con merienda, y ella bien compuesta, con su pañuelo cruzado al pecho, prendido con un vistoso alfiler, y otro, de colorines, liado á la cabeza con el nudo sobre la frente.

A su lado iba Gil, también un poquito aseado. En la mano derecha llevaba el cordel con que sujetaba y conducía tres lechoncitos atados por la pata; en la izquierda, la vara con que á la pollina dirigía, al hombro un saco mediado de garbanzos. Delante, con carrera retazona, iba el perro *Moro*. Por el camino, que era largo, de más de legua y media, *Eusebia* charlaba de diversos asuntos; el mozo nunca iniciaba la conversación, por ser muy corto y bien mirado. Si ella no enhebraba la palabra, irían todo el camino como dos cartujos. Debe decirse que el ama quería mucho á su sirviente, por las buenas prendas de él, por su talento sufrido y humilde, y porque jamás hizo ascos á las obligaciones por duras que fuesen. Queríale también, mejor dicho, le miraba con buenos ojos, porque era muy guapo, de cuerpo gallardísimo, la cara bien adornada y la boca pulida. Con alma cándida y sin malicia le elogiaba ánte las vecinas diciendo: "Tengo un criado como un pino de oro." Cuidaba de

tenerle la ropa lavada y bien arregladita; reservábale alguna golosina para después de comer, y cuando le veía rendido del trabajo, y no estaban presentes José ni el chiquillo, llamábale á la cocina y le daba un huevo asado en la ceniza, añadiendo maternales consuelos: "Toma, hijo, que ese cuerpo necesita que le echen un reparo, y dos."

Como se ha dicho, *Eusebia* planteaba las conversaciones durante el viaje, las cuales solían recaer en lo desabrido que era Gil con las mozas del pueblo, pues otro menos metidijo en sí se habría echado ya cuantas novias quisiera; que si comunmente hubo tres Gils para una moza, estando él habría diez para un Gil; y todas le habían de querer, y en alguna encontraría holgura para casarse. A esto respondía Gil con respetuosas y discretas razones, diciendo que antes era el ganar que el enamorar, porque hombre sin blanca es despreciado de sí mismo. Huérfano era y arrimado á la pared de una buena casa, y por el pronto no haría más que dar gusto á sus amos y aprender la labranza. *Eusebia* unas veces asentía con aires de persona sesuda; otras celebraba con risas las sosadas del mancebo, oyéndolas como agudezas y donaires.

Con este inocente hablar llegaron á Pedralba, lugar asentado en una peña flanqueada de murallones, con una sola puerta. Encamináronse á la plaza y cogieron puesto. En otras circunstancias, *Eusebia* vendía sus frutos y compraba escabeche, azúcar, pimentón, cebollas, alguna herramienta, y una túrdiga de pellejo para hacer las abarcas. Pero en aque-

lla ocasión triste, á casa no se llevaría más que un poco de pimentón y una zafrita con vinagre. Sus garbanzos, su trigo, sus pollos y huevos, sus lechoncitos y demás cosas que llevaba, los cambiaría por dinero contante para llevarle á José una buena ayuda de la renta. Así lo hizo; mas no pudo allegar todo el numerario que quería. El dinero escaseaba. Decidiéndose á vender algunos artículos á desprecio, pudo llevarse algo más de trescientos reales.

Desalentados tomaron el camino de Aldehuela; mas el sentimiento del mal negocio no impidió á la curiosa *Usebia* tirar de la lengua al criado para que, descuidándose en el hablar, diese á conocer sus intenciones y pensamientos. "Si tanto callas, Gil—le dijo,—pensaré que estás encantado." Con esto se avivó la conversación, y el ama se entretuvo en tocar delicadamente diferentes puntos de amor, como relación de mozo con moza, de soltero con viuda, ó de casada con mozo libre, que era gran pecado de *escandalorio*, cosa fea, en verdad, por el mal ejemplo. Contestaba Gil con discreción y juicio. Mas esta conversación y otras que se sucedieron, no merecen referencia por ahora, que noticias de mayor fuste reclaman la atención del narrador.

Pasaron días después de aquél en que fueron al mercado de Pedralba, y al mercado volvieron, y en estos ires y venires iba resurgiendo en el alma de Gil la conciencia de su primitiva personalidad. Era como luz tenue y rosada de Oriente después de noche oscura. Apuntaron primero nociones vagas de anterior vida, atisbos de memoria que remusga y se despe-

reza. En su existencia villana, Gil no sabía leer ni escribir. Un día, estando en Pedralba, vió un letrero de tienda, y lo leyó y se hizo cargo de su sentido; poco después vió en las esquinas un bando del alcalde, y se enteró sin perder sílaba. En el suelo encontró un cacho de periódico, y se recreó en su lectura. Empezaba, pues, el desdoblamiento de las dos figuras, de las dos personalidades, desdoblar lento, que los estudiosos de la *psiquis* comparan á las primitivas funciones de la vida vegetal. Poco á poco se daba cuenta de que había sido otro, y de que la anterior y la presente naturaleza se reconocían demarcándose, y se aproximaban como procurando la reconciliación. Serían, pues, dos en uno, ó un uno doble, y aunque esto no se entienda, fuerza es declararlo así, dándolo por posible, para que lo crea el vulgo y lo acepte con fe ciega y no razonada; que si se admite el imposible del milagro, también se ha de admitir el absurdo del encantamiento, y en ambas formas del misterio habrá que decir: las bromas ó pesadas ó no darlas.

Sucedió, pues, que por grados llegó Gil á la conciencia de su anterior vida de caballero, y la plenitud del desdoblamiento fué determinada de súbito por un incidente, por una palabra... Hallándose en la cocina, oyó el mozo que sus amos, azorados y medrosos, hablaban del aprieto de sus intereses. A la luz de las teas humeantes, José leyó unos apuntes de su sobado libro de cuentas, y después dijo: "Aún para el plazo atrasado nos faltan doscientos reales; que para el vencido de *antier* no tenemos ni